

14282

Morro 19/7/13

LECTURAS DEL HOGAR.

ZARAGOZANO Y JAYME, EDITORES.

EL
PAÍS DE LAS PIELES,

POR

JULIO VERNE.

UNICA TRADUCCION ESPAÑOLA

POR DON VICENTE GUIMERÁ.

Entrega 3.^a y 4.^a

MADRID.

TALLERES DE IMPRESIÓN Y REPRODUCCION.
ZARAGOZANO Y JAYME.

Desengaño, 29.—Afligidos, 4.

1873.

L47
3449

LECTURAS DEL HOGAR

ZARAGOZANO Y JAYME EDITORES

EL

PAIS DE LAS PIERRES

JULIO VERNÉ

UNICA TRADUCCION ESPAÑOLA

POR DON VICENTE GUIMERA

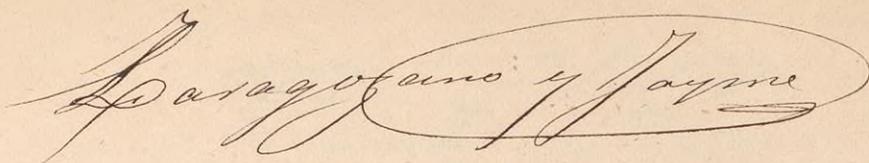
En tres tomos

MADRID

TALLERES DE IMPRESION Y REPRODUCCION
ZARAGOZANO Y JAYME

Impreso en España

1903



cierto número de accionistas en la alta nobleza: el duque de York, el de Albermale, el conde de Shaftesbury, etc. Su capital no era entonces más que de 8.420 libras. Tenía por rivales las asociaciones particulares, cuyos agentes franceses, establecidos en el Canadá, se lanzaban á excursiones aventureras, pero muy lucrativas. Estos intrépidos cazadores, conocidos con el nombre de viajeros canadienses, hicieron tal concurrencia á la naciente Compañía, que la existencia de ésta se vió seriamente comprometida.

Pero la conquista del Canadá vino á modificar tan precaria situación. Tres años despues de la toma de Quebec, en 1766, la Compañía de las pellejerías adquirió nuevo vuelo. Los factores ingleses se habian familiarizado con las dificultades de este género de tráfico. Conocian las costumbres del país, los hábitos de los indios, el método que empleaban en sus cambios; y sin embargo, los beneficios de la Compañía eran nulos todavía. Además, en 1784, unos mercaderes de Montreal se asociaron para la explotacion de las pieles, y fundaron esa poderosa Compañía del Noroeste, que no tardó en centralizar todas las operaciones de este género. En 1798, las expediciones de la nueva Sociedad ascendian á la cifra enorme de 120.000 libras esterlinas, y la Compañía de la bahía de Hudson estaba amenazada aún en su existencia.

Debemos manifestar que la Compañía del Noroeste no retrocedia ante ningun acto inmoral cuando su interés estaba en juego. Explotando á sus propios empleados, especulando con la miseria de los indios, maltratándolos, saqueándolos despues de embriagarlos, arrojando la desobediencia al decreto del Parlamento que prohibia la venta de licores alcohólicos en territorios indígenas, los agentes del Noroeste realizaban enormes beneficios, á pesar de la concurrencia de las sociedades americanas y rusas que se habian fundado, y entre otras la *Compañía americana de las pellejerías*, creada en 1809 con el capital de un millon de duros, y que explotaba el Oeste de las montañas Rocosas.

Pero de todas estas sociedades, la más amenazada era la Compañía de la bahía de Hudson, cuando en 1821, despues de convenios ámpliamente debatidos, absorbió á su antigua rival la Compañía del Noroeste, y tomó la denominacion general de *Hudson's bay fur Company*.

En el día, esta importante asociacion no tiene más rival que la Compañía americana de las pellejerías de San Luis. Posee estableci-

mientos numerosos dispersos sobre un dominio que cuenta 3.700.000 millas cuadradas. Sus principales factorías están situadas en la bahía James, á la embocadura del Severn, en la parte Sur y hácia las fronteras del Alto Canadá, sobre los lagos Athapeskow, Winnipeg, Superior, Methye, Búfalo, cerca de los rios Colombia, Mackenzie, Saskatchewan, Assinipoil, etc. El Fuerte-York, que domina el curso del rio Nelson, tributario de la bahía de Hudson, es el cuartel general de la Compañía, y allí se halla establecido su principal depósito de pieles. Además, en 1842, ha tomado en arriendo, mediante una retribucion anual de 200.000 francos, los establecimientos rusos de la América del Norte. Tambien explota por su propia cuenta los terrenos inmensos comprendidos entre el Mississipi y el Océano Pacífico. Ha enviado viajeros intrépidos en todas direcciones, á saber: Hearn, á los mares polares en busca de la Copernicia, año de 1770; Franklin, de 1819 á 1822, que recorrió 5.550 millas de litoral americano; Mackenzie, que despues de haber descubierto el rio á que dió su nombre, llegó á las playas del Pacífico á los 52 grados 24 minutos de latitud Norte. En 1833-34, la Compañía expedía á Europa las siguientes cantidades de pieles, lo cual dará una idea exacta de su comercio:

Castores.....	1.074
Pergaminos y jóvenes castores.....	92.288
Ratas almizcleñas.....	694.092
Tejones.....	1.069
Osos.....	7.451
Armiños.....	491
Pescadores.....	5.296
Zorras.....	9.937
Linces.....	14.255
Martas.....	64.490
Vesos.....	25.100
Nutrias.....	22.303
Ratas.....	713
Cisnes.....	7.918
Lobos.....	8.484
Wolverenos.....	1.571

Semejante produccion debia asegurar á la Compañía de la bahía de Hudson beneficios muy considerables; pero desgraciadamente estas cifras no se mantuvieron, decayendo por el contrario progresivamente hace veinte años.

En lo que consistia esta decadencia lo explicaba el capitán Cra-

venty en este momento á Paulina Barnett en los términos siguientes:

—Hasta 1837, señora, se puede asegurar que la situacion de la Compañía ha sido floreciente. Aquel año, la exportacion de pieles habia ascendido á la cifra de 2.358.000; pero desde entónces ha ido disminuyendo, hasta descender en la mitad lo ménos.

—¿Y á qué causa atribuis este descenso tan notable en la exportacion de pieles?

—A la despoblacion que la actividad, y tal vez la incuria de los cazadores, ha provocado en los terrenos de caza. No han cesado la persecucion ni la matanza sin ningun género de discernimiento. No se ha perdonado ni á las crias ni á las hembras preñadas. De esto ha resultado grande escasez en el número de animales de piel útil. La nutria ha desaparecido casi por completo, y ya no se la encuentra sino cerca de las islas del Pacifico septentrional. Los castores se han refugiado por pequeños destacamentos en las márgenes de los rios más lejanos. Lo mismo ha sucedido con otros animales preciosos que han ido huyendo ante la invasion de los cazadores. Los lazos, que ántes estaban siempre con alguna presa, hoy se encuentran vacios. El precio de las pieles crece, y esto precisamente en una época en que son muy solicitadas. Por eso los cazadores se disgustan, y no quedan más que los audaces é infatigables para avanzar hasta los límites del continente americano.

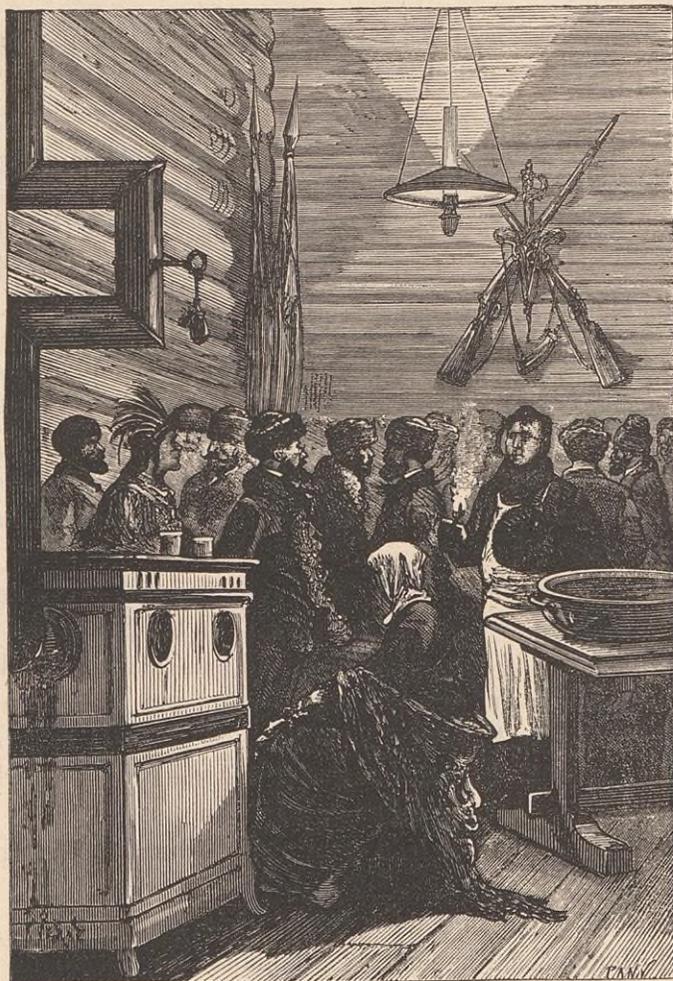
—Ahora comprendo,—respondió Paulina Barnett,—el interés que tiene la Compañía en crear una factoria en las playas del Océano Ártico, puesto que la caza se ha refugiado más allá del circulo polar.

—Si señora,—respondió el capitán.—Por otra parte, era preciso que la Compañía se decidiese á llevar más al Norte el centro de sus operaciones, porque hace dos años que una decision del parlamento británico ha reducido singularmente sus dominios.

—¿Y qué razon ha habido para esta reduccion?—preguntó la viajera.

—Una razon económica de la mayor importancia, señora, y que ha debido impresionar mucho á los hombres de Estado de la Gran Bretaña. En efecto, la mision de la Compañía no era civilizadora. Al contrario, en su propio interés tenia que conservar yermo su inmenso terreno. Todo intento de cultivo que hubiera alejado la caza era contrariado sin piedad. Su monopolio es por consiguiente enemigo de todo espíritu de empresa agrícola. Además, las cuestiones extrañas á su industria son rechazadas sin miramiento por su con-

sejo de administracion. Este régimen absoluto y hasta cierto punto antimoral es el que ha provocado las medidas tomadas por el Parlamento; y en 1857, una comision nombrada por el Ministro de las Colonias, decidió que era necesario anexionar al Canadá todas las tierras susceptibles de cultivo, tales como las comarcas del rio



Colorado, los distritos de Saskatchewan, no dejando más que la parte del dominio á la cual la civilizacion no reservaba ningun porvenir. El año siguiente, la Compañia perdía la vertiente occidental de las montañas Rocosas, que pasaba á depender directamente del

Colonial Office, y quedó así sustraída de la jurisdiccion de los agentes de la bahía de Hudson. Y por eso, señora, ántes de renunciar á su comercio de pieles, la Compañía va á intentar la explotacion de las regiones del Norte que apénas son conocidas, y buscar los medios de comunicarlas con el Océano Pacífico por el paso del Noroeste.

Paulina Barnett conocia ahora los proyectos ulteriores de la célebre Compañía, é iba á asistir personalmente al establecimiento del nuevo fuerte en los límites del mar Ártico. El capitan Craventy la habia puesto al corriente de la situacion; pero tal vez,—porque le gustaba hablar,—hubiese entrado en otros pormenores si un incidente no le hubiese cortado la palabra.

El cabo Joliffe acababa de anunciar en alta voz, que con la ayuda de mistress Joliffe iba á proceder á la confeccion del ponche. Esta noticia fué acogida como lo merecia, prorumpiendo la reunion en gritos de aplauso. El bol estaba lleno del precioso licor, no conteniendo ménos de diez pintas de aguardiente. En el fondo se amontonaban los trozos de azúcar en la proporcion calculada por mistress Joliffe. En la superficie sobrenadaban las rajas de limon encallecidas por la vetustez. Ya no restaba más que inflamar este lago alcohólico; y el cabo, con la mecha encendida, estaba aguardando la órden del capitan, como si se hubiera tratado de dar fuego á una mina.

—Andad, Joliffe,—dijo entónces el capitan Craventy.

La llama se comunicó al licor, y el ponche ardió al punto entre los aplausos de todos los convidados.

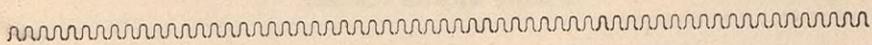
Diez minutos despues, los vasos llenos circulaban por la sala y hallaban siempre quien los recibiese, como valores públicos en movimiento de alza.

—¡Hurra! ¡hurra! ¡hurra! por mistress Paulina Barnett. ¡Hurra! por el capitan.

En el momento de prorumpir la reunion en estos alegres vítores, se oyeron gritos fuera. Todos los convidados callaron.

—Sargento Largo,—dijo el capitan,—ved lo que pasa.

Y cumpliendo la órden de su jefe, el sargento, dejando su vaso medio lleno, abandonó el salon.



Harassano y Jayne

CAPÍTULO III.

Un astrónomo deshelado.

Llegado el sargento Largo al estrecho corredor en que se abría la puerta exterior del fuerte, oyó que los gritos redoblaban. Estaban llamando violentamente á la poterna que daba entrada al patio, protegida por altas paredes de madera. El sargento empujó la puerta. El suelo estaba cubierto de un pié de nieve. El sargento, hundiéndose hasta la rodilla en aquella masa blanca, cegado por la ráfaga y picado hasta la sangre por aquel frio terrible, atravesó el patio oblicuamente y se dirigió hácia la poterna.

—¿Quién diantre puede venir con semejante tiempo?—decía el sargento Largo quitando metódicamente, ó por mejor decir, disciplinariamente los barrotes de la puerta.—No hay más que esquimales que se arriesguen con semejante frio.

—Pero abrid pronto, abrid,—gritaban de fuera.

—Ya estoy abriendo,—respondió el sargento Largo, que parecía á la verdad hacerlo en *doce tiempos*.

Por último, las hojas de la puerta se abrieron hácia el interior, y el sargento fué derribado casi por entero sobre la nieve por un trineo tirado por seis perros que pasó como un relámpago. A poco más, el digno sargento Largo se hubiera estrellado; pero levantándose sin exhalar siquiera un murmullo, cerró la poterna y volvió á la casa principal al paso ordinario, es decir, dando setenta y cinco pasos por minuto.

Pero el capitán Craventy, el teniente Jasper Hobson y el cabo Jo-

liffe estaban ya allí arrostrando la temperatura excesiva y mirando el trineo lleno de nieve que acababa de pararse delante de ellos.

Un hombre forrado y encapuchado con pieles se apeó preguntando:

— ¿El Fuerte-Confianza?



— Aquí es, — respondió el capitán.

— ¿ El capitán Craventy?

— Soy yo. ¿ Quién sois?

— Un correo de la Compañía.

— ¿Venís solo?

— No. Traigo un viajero.

— ¿Un viajero? ¿Y qué viene á hacer?

— Viene á ver la luna.

A esta respuesta dudó el capitán Craventy si hablaba con un loco, y en aquellas circunstancias bien podía pensarse así, pero no era tiempo de formular opiniones. El correo habia sacado del trineo un masa inerte, una especie de saco cubierto de nieve, y se disponia á introducirlo en la casa, cuando el capitán le preguntó:

— ¿Qué saco es ese?

— El viajero, — respondió el correo.

— ¿Y quién es ese viajero?

— El astrónomo Tomás Black.

— ¡Pero si está helado!

— Pues lo deshelaremos.

Tomás Black, transportado por el sargento, el cabo y el correo, hizo su entrada en la casa del fuerte. Fué depositado en un cuarto del primer piso, cuya temperatura era muy tolerable, gracias á la presencia de una estufa caldeada hasta el rojo vivo. Se le tendió en la cama, y el capitán le tomó la mano.

Esta mano estaba literalmente helada. Se desenvolvieron las mantas y los abrigos forrados que envolvian á Tomás Black. Atado como un paquete, y bajo aquel envoltorio, se descubrió un hombre de edad de 50 años, grueso, bajo, de pelo canoso, barba inculta, con los ojos cerrados y con la boca adherida cual si los labios hubiesen sido pegados con goma. Aquel hombre no respiraba ya ó respiraba tan poco, que su aliento apenas hubiera empañado un espejo. Joliffe lo desnudaba y lo volvía y revolvía con celeridad, exclamando:

— Vamos, vamos, señor. ¿Es que no vais á volver en vos?

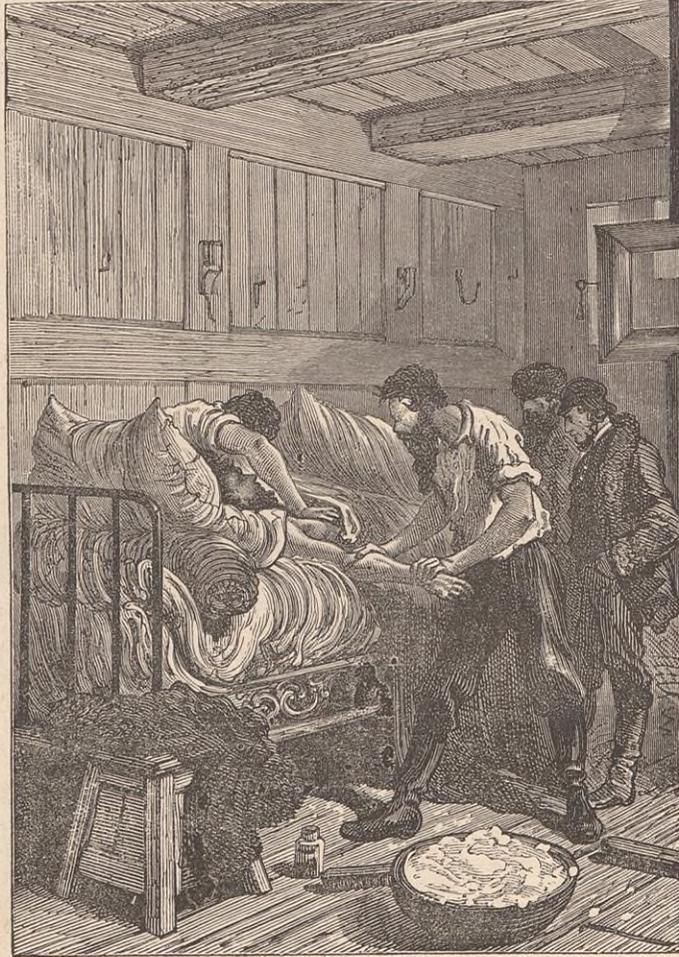
Este personaje, en tales momentos llegado, no parecia más que un cadáver. Para volverle el calor perdido, el cabo Joliffe no descubria más que un medio heróico, el de sumergirlo en el ponche ardiendo.

Afortunadamente para Tomás Black, el teniente Jasper Hobson tuvo otra ocurrencia.

— ¡Nieve! — exclamó. — ¡Sargento Largo, vengan algunos puñados de nieve!

No faltaba esta sustancia en el patio del Fuerte-Confianza. Mientras que el sargento iba á buscar la nieve apetecida, Joliffe desnudó

al astrónomo. El cuerpo del desgraciado estaba cubierto de escamas blanquecinas que indicaban una violenta penetración de frío en las carnes. Era urgente llamar la sangre á las partes atacadas. Este era el resultado que Jasper Hobson esperaba conseguir por medio de vigorosas fricciones de nieve. Sabido es que este es el remedio gene-



ralmente empleado en las regiones polares para restablecer la circulación que un frío terrible ha detenido como detiene la corriente de los ríos.

Habiendo vuelto el sargento Largo, Joliffe y él dieron fricciones

al recién venido cual nunca las había recibido. No era una linición suave, ni una fomentación untuosa, sino una sobadura vigorosa, practicada con fuerza, y que recordaba más bien las raspaduras de la almohaza que las caricias de la mano.

Y durante la operación, el cabo parlanchín seguía interpelando al viajero, que no podía oírle.

—Vamos, vamos, señor. ¿Qué idea os dado de dejaros enfriar tanto? ¡Vamos, no seáis tan terco!

Es probable que Tomás Black se obstinaba, puesto que pasó media hora sin consentir en dar señales de vida. Ya se habían perdido las esperanzas de reanimarlo y los sobadores iban á suspender su fatigoso ejercicio, cuando el pobre hombre exhaló algún suspiro.

—¡Vive, vive!— exclamó Jasper Hobson.

Después de haber calentado por medio de fricciones el exterior del cuerpo, no debía olvidarse el interior: por eso el cabo Joliffe se apresuró á traer algunos vasos de ponche. El viajero se sintió verdaderamente aliviado, y los colores volvieron á sus mejillas, la mirada á sus ojos, la palabra á sus labios, pudiendo esperar el capitán que por fin Tomás Black le contase por qué venía á aquellos parajes y en estado tan deplorable.

Tomás Black, bien envuelto entre mantas, se levantó á medias, se apoyó en su codo, y con voz todavía débil, exclamó:

—¿El Fuerte-Confianza?

—Aquí es,—respondió el capitán.

—¿El capitán Craventy?

—Soy yo, y sed bien venido. ¿Pero puedo preguntaros por qué venís al Fuerte-Confianza?

—Para ver la luna,—respondió el correo, que sin duda estaba aferado á esta contestación, puesto que la daba por segunda vez.

Por otro lado, pareció satisfacer á Tomás Black, que hizo una señal afirmativa, y después dijo:

—¿El teniente Hobson?

—Héme aquí,—respondió el teniente.

—¿No os habeis marchado aún?

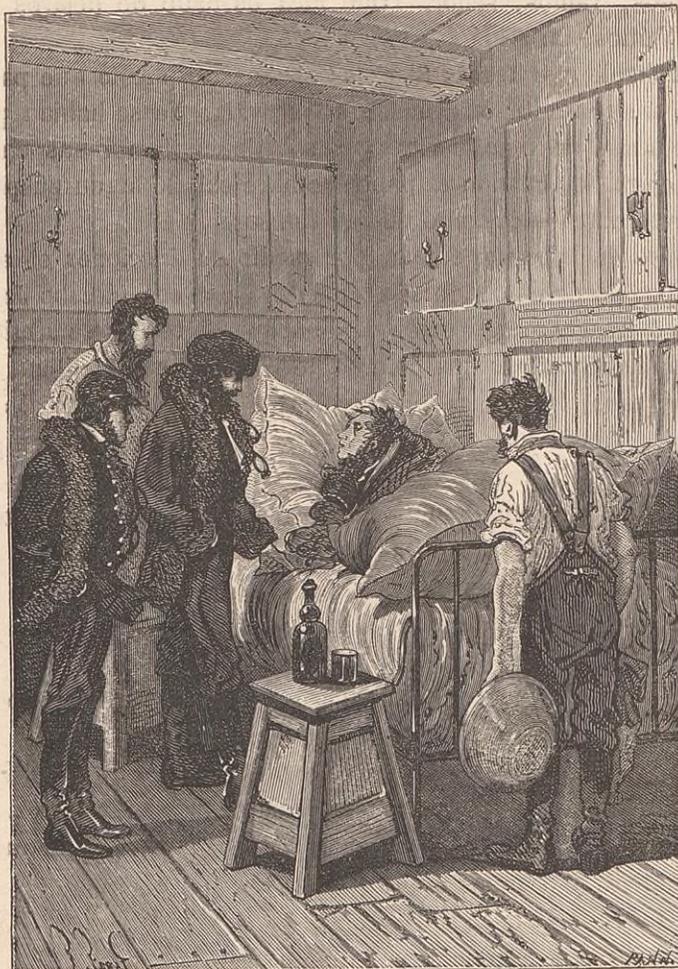
—Todavía no.

—Pues bien,—replicó Tomás Black,—no me resta más que daros las gracias y dormir hasta mañana por la mañana.

El capitán y sus compañeros se retiraron, dejando á aquel extraño personaje descansar tranquilamente. Media hora después la fiesta con-

cluía, y los convidados regresaban á sus viviendas respectivas, sea en las habitaciones del fuerte, sea en la que existían fuera del recinto.

Al día siguiente, Tomás Black se hallaba casi restablecido. Su vigorosa constitución había resistido á tan excesivo frío. Otro no se hubiera deshelado, pero él no hacía lo que los demás.



Y ahora, ¿quién era aquel astrónomo? ¿De dónde venía? ¿Por qué aquel viaje al territorio de la Compañía cuando el invierno estaba en toda su crudeza? ¿qué significa la respuesta del correo? ¡ver la luna! Pero si la luna luce en todas partes, ¿es necesario ir la á buscar hasta las regiones hiperbóreas?

Tales fueron las dudas que ocurrían al capitán Craventy. Pero al día siguiente, después de haber hablado durante una hora con su nuevo huésped, nada le restaba que saber.

Tomás Black era en efecto un astrónomo agregado al observatorio de Greenwich, tan brillantemente dirigido por Mr. Airy. Talento inteligente y sagaz más que teórico, Tomás Black, en los veinte años que llevaba de ejercer sus funciones, había prestado grandes servicios á las ciencias uranográficas. En la vida privada era hombre absolutamente nulo, que no existía fuera de las cuestiones astronómicas, que vivía en el cielo y no en la tierra; un descendiente de aquel buen astrónomo de la fábula, que se dejó caer en un pozo. No había con él conversacion posible sino hablando de estrellas y constelaciones. Era un hombre sólo digno de vivir en un catalejo. Pero cuando hacía observaciones no tenía rival en el mundo. ¡Qué paciencia tan infatigable desplegabá! Era capaz de acechar durante meses enteros la aparición de un fenómeno cósmico. Tenía por otra parte una especialidad: los bólidos y las estrellas errantes y sus descubrimientos en este ramo de la meteorología merecían ser citados. Por otra parte, siempre que se trataba de observaciones minuciosas, de mediciones delicadas, de determinaciones precisas, se recurría á Tomás Black, que poseía una habilidad de vista sumamente notable. No á todos es dado el saber observar. No causará, pues, extrañeza que el astrónomo de Greenwich hubiera sido elegido para operar en la circunstancia siguiente, que interesaba en el más alto grado á la ciencia selenográfica.

Sabido es que durante un eclipse total de sol, la luna está rodeada de una corona luminosa. ¿Pero cuál es el origen de esta corona? ¿Es un objeto real? ¿No es más bien un efecto de difraccion que sufren los rayos solares á la inmediacion de la luna? Esta es una cuestion que los estudios hechos hasta el día no permiten resolver.

Desde 1706, los astrónomos habían descrito científicamente esa auréola luminosa, á saber: Louville y Halley, durante el eclipse total de 1715; Maraldi en 1724; Antonio de Ulloa en 1778; Bouditch y Ferrer en 1806, quienes observaron minuciosamente la corona, sin que de sus teorías contradictorias pueda deducirse nada definitivo. A propósito del eclipse total de 1842, los sabios de todas las naciones, Airy, Arago, Peytal, Laugier, Maubais, Otto, Struve, Petit, Baily, etcétera, trataron de obtener una solucion completa en cuanto al origen del fenómeno; mas por severas que fuesen sus observaciones,

»el desacuerdo, dice Arago, que existe entre las observaciones hechas en distintos parajes por astrónomos ejercitados en un solo y mismo eclipse ha derramado sobre la cuestión tales oscuridades, que no es posible llegar á ninguna conclusión certera sobre la causa del fenómeno.» Desde entonces se han estudiado otros eclipses totales de sol, pero tampoco han obtenido los observadores ningún resultado terminante.

Sin embargo, la cuestión interesaba hasta el mayor punto los estudios selenográficos, y había que resolverla á cualquier costa. Se ofrecía entonces una ocasión para estudiar la corona luminosa tan discutida. El día 18 de Julio de 1860 debía ocurrir otro eclipse total de sol para la extremidad Norte de América, España, Norte de Africa, etc. Se convino entre los astrónomos de diversos países que se harían observaciones simultáneas en los diversos puntos de la zona para la cual el eclipse había de ser total. Por eso Tomás Black fué elegido para observar dicho eclipse en la parte septentrional de la América. Debía hallarse por consiguiente en las mismas condiciones en que estaban los astrónomos ingleses que fueron á Suecia y Noruega con motivo del eclipse de 1851.

Como es de pensar, Tomás Black acogió con ahinco la ocasión que le ofrecían de estudiar la auréola luminosa. Debía reconocer igualmente en lo posible la naturaleza de aquellas protuberancias rojizas que aparecen en diversos puntos del contorno del satélite terrestre. Si el astrónomo de Greenwich llegase á conseguir dilucidar la cuestión de un modo irrefutable, tendría derecho á los elogios de toda la Europa científica.

Tomás Black se preparó, pues, para la marcha. Obtuvo apremiantes cartas de recomendación para los agentes principales de la Compañía de la bahía de Hudson. Había sabido precisamente que una expedición debía ir á los límites septentrionales del continente á fin de crear una factoría, y era ocasión que no debía desaprovechar. Tomás Black partió pues, atravesó el Atlántico, desembarcó en Nueva-York, ganó por los lagos el establecimiento del río Colorado; y después de fuerte en fuerte, y llevado por un rápido trineo bajo la dirección de un correo de la Compañía, y á pesar del invierno, y á pesar del frío, y á despecho de todos los peligros de un viaje al través de las corrientes árticas, llegó el 17 de Marzo al Fuerte-Confianza en las condiciones que ya sabemos.

Tales fueron las explicaciones dadas por el astrónomo al capitán

Baraguzano y Juppel

Craventy, y éste se puso completamente á la disposicion de Tomás Black.

— Pero señor Black, — le dijo, — ¿ por qué tanta prisa si el eclipse de sol no debe ocurrir sino en 1860, es decir, el año que viene?

— Pero capitan, — respondió el astrónomo, — yo supe que la Compañía enviaba una expedicion al litoral americano más allá del paralelo 70, y no quise perder la ocasion de partir con el teniente Hobson.

— Señor Black, — respondió el capitan, — si el teniente hubiese marchado, me hubiera creido obligado á acompañaros hasta los límites del mar Ártico.

Despues repitió al astrónomo que podia contar con él, y que era el bienvenido del Fuerte-Confianza.

